

A propósito de la crítica de A. Arbeiter. Para hacer crítica es necesario ser sabio, veraz, objetivo y carecer de intereses en el contenido de lo analizado

ISIDRO G. BANGO TORVISO

Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Historia del Arte
Campus de Cantoblanco, E-28049 Cantoblanco (Madrid)

El tipo de crítica realizada por A. Arbeiter no responde a un análisis objetivo de la obra, sino a la desesperación de un investigador que no se ve representado en la misma como él considera obligado. Por esta razón se olvida de los conceptos que vertebran el libro y se centra en una serie de temas que interpreta caprichosamente. En todo caso la confrontación de su crítica con mi respuesta espero que permita meditar a los posibles lectores de estas líneas sobre la objetividad y la manipulación.

PALABRAS CLAVE

PENÍNSULA IBÉRICA, HISTORIA DEL ARTE, ARQUITECTURA, TARDOANTIGUO, MEDIEVAL.

Arbeiter's criticism of my work is not based on an objective analysis, but on the disappointment of a scholar who thinks he has not been considered as he deserves. Therefore, he forgets about the concepts structuring the book and he centres his attention on several subjects that he understands in the way he feels like. In any case, contrasting my comments with his criticism should lead everybody to think about objectivity and manipulation.

KEY WORDS

IBERIAN PENINSULA, HISTORY OF ART, ARCHITECTURE, LATE ANTIQUITY, MEDIEVAL AGES.

Soy de los que piensan, y creo haberlo demostrado en cuantos congresos he asistido, que sólo desde el debate, en muchas ocasiones apasionado dado mi carácter, se puede progresar en nuestros conocimientos. He combatido las tesis o aspectos parciales de las mismas de Gómez Moreno, Puig i Cadafalch, Schlunk y Palol, pero por ningún otro he sentido más admiración. Si se me permite, haciendo mío un célebre epitafio de un constructor de catedrales, diría que si los investigadores actuales miramos algo más lejos es porque nos hemos subido sobre las espaldas de nuestros maestros. La crítica debe ser bienvenida, pues gracias a ella perfeccionamos nuestro trabajo. Es admisible una crítica de quien por sus coordenadas mentales sólo concibe el estudio de una época según sus criterios y sus propias reglas del juego, pero en absoluto manipular y confundir con el único deseo de desprestigiar al autor y su obra. Este es el caso de Arbeiter, que me atribuye defectos que no existen y otros que son el síntoma evidente de sus ignorancias. Sin duda en una obra tan amplia de contenido como la mía y de una exposición de más de seiscientos folios existen errores, pero ¿es una cosa tan extraña? El problema es cuando la mayoría de estos errores sólo son muestras del desconocimiento del crítico. En varias ocasiones me acusa de la brevedad de alguno de mis argumentos y, cuando él o alguno de sus recomendados los realizan en idénticos términos, son extraordinarias, profundas y meditadas aportaciones.

Me habría gustado que mi comentario fuese para debatir acerca de conceptos sobre la época y cultura que he tratado en mi libro, pero como el crítico nada de esto ha querido ver, me tendré que limitar a contestar a aquellos aspectos que interesadamente ha propuesto Arbeiter.

El autor y la óptica de su enfoque

Isidro Bango, para los que no le conozcan, es un licenciado en historia, doctor en arqueología y catedrático de historia del arte antiguo y medieval. Me interesa la historia, el arte y la arqueología por igual. Para mi, las creaciones del hombre no son ilustraciones que quedan bonitas en un libro de historia, sino que en muchas ocasiones son el mejor documento histórico que tenemos para comprender los fenómenos socioculturales de nuestro pasado. Es verdad que mis trabajos pueden responder a la metodología específica clásica de alguna de estas disciplinas, pero en general intento que sean una síntesis de éstas y, en la medida de lo posible, de otras muchas. Los especialistas puros me podrían considerar un heterodoxo, o los del tipo Arbeiter me tendrían por un mal arqueólogo.

También es verdad que a mí, como trabajo de investigación, me interesa el período que va desde el siglo VI al XV, con lo que esto tuviera de positivo y negativo. Es evidente que esto pudiera acarrear desconocimiento de alguna, que no de todas, las especulaciones hipotéticas que no han pasado a ser tesis. No es necesario insistir mucho en ello,

pues las argumentaciones de Arbeiter nos suministran todo un repertorio de axiomas que sólo pueden considerarse así en las ciencias exactas en las que milita el crítico (Arbeiter *dixit*). Llevo más de treinta años viendo que lo que era verdad hoy no lo es a la mañana siguiente, mientras que pudiera volver a ser verdad pasado mañana. A este respecto resulta muy aleccionador el caso de Melque. Esto, que en principio podría considerarse una crítica a un investigador en concreto, no lo es; simplemente se trata de dejar en evidencia la realidad del soporte científico impuesto por nuestro conocimiento de la época.

Contemplar un determinado período histórico desde un planteamiento más amplio (enfoque cronológico y diversidad de disciplinas) permite conocerlo posiblemente mejor, pues siempre hay un marco más rico de referencia, o por lo menos no descubrir «mediterráneos», decir banalidades, o no interpretar convenientemente los documentos (sirva de ejemplo lo que dice Arbeiter sobre el documento que descartar por no ser de la época). En este mismo sentido debemos advertir sobre las distinciones que hace de la liturgia hispana de los siglos VIII, IX y X (más adelante volveremos a los conocimientos de Arbeiter sobre liturgia). Lo mismo tendríamos que decir sobre el olvido de «estilo» a la hora de enfrentarse con el arte de esta época.

El contenido del libro, el aparato crítico y las autoridades incuestionables

El crítico, a pesar de la admiración que siente por la colección *Summa Artis*, no tiene ni idea de cómo es la colección ni sus contenidos. En su afán por denostar mi libro, incluso dentro de la colección, realiza una censura a fondo sobre la falta de aparato crítico. Debiera saber que se trata de una colección que se caracteriza precisamente por la falta de aparato; en la primera parte de la colección apenas había una bibliografía sumaria, para luego, en los últimos volúmenes, recoger una síntesis bibliográfica sin más explicitaciones. Como a mí me interesaba dejar claro cuáles eran los planteamientos historiográficos que enmarcaban cada una de las partes, realicé un planteamiento historiográfico de cada uno de estos apartados seguido de la correspondiente bibliografía. Sé que las referencias bibliográficas nunca son bastantes, pero en este caso se deberá reconocer que historiografía y bibliografía llegan a un nivel excepcional dentro de lo usual en esta colección: en mi caso representa el 3.000%, lo escribo con letras para que no haya equívoco: el tres mil por cien, el tomo con más aparato bibliográfico de la colección. Pienso que el papel epigonal que atribuyo a Arbeiter (p. 308) es la verdadera causa que inspira su «honesta» y apremiante preocupación crítica.

En la primera versión de la crítica de Arbeiter, la autoridad incuestionable de este período durante décadas era únicamente Helmut Schlunk. No había nadie más. Curiosamente

en la segunda versión, cuando sabe que se lo edita un medio catalán,¹ aparece Pere de Palol. No quiero creer que si el texto se lo hubiesen editado en Granada sería Gómez Moreno, o en Francia Noël Duval; dejo la interpretación a juicio del lector.

Pero, hablando de historiografía y maestros, me gustaría referir aquí unos breves comentarios para que el lector vea la enorme distancia que hay entre los planteamientos de Arbeiter y los míos. Antes he señalado a cuatro de los principales maestros cuyas obras me han enseñado mucho. Pero quisiera destacar aquí especialmente a dos, pues la lectura de sus trabajos ha sido definitiva para comprender la disolución de lo tardoantiguo y la génesis de lo medieval: Puig i Cadafalch y Pere de Palol.

Las conferencias que Puig pronunció en la Universidad de la Sorbona en años muy difíciles fueron recogidas después por sus discípulos en un libro luminoso: *L'art wisigotique et ses survivances* (París, 1961). La lectura de esta obra me hizo ver cómo lo tardoantiguo se diluye y pervive durante siglos en la vieja provincia romana de *Hispania*. Es un libro cuajado de inexactitudes cronológicas y que rompe los convencionalismos clasificatorios. ¡Dios mío... como cayese en manos de Arbeiter! Sin embargo su planteamiento y discurso serán siempre actuales. En él no interesan las anécdotas ni las clasificaciones impuestas por los caprichos de moda, sino los conceptos que te mueven a la reflexión. Su tesis fundamental sigue siendo válida hoy día, mientras que lo escrito por alguna autoridad incuestionable ya era de cartón piedra cuando lo escribió.

Cuando leí la «Esencia del arte hispánico de época visigoda: romanismo y germanismo» de Palol (1956), percibí un chorro de aire fresco en medio de una bibliografía absolutamente caduca en cuanto a planteamientos teóricos. He manifestado antes mi aprecio por la obra de Schlunk, pero debo matizarlo. Debemos al ilustre investigador alemán su enorme aportación al conocimiento puntual de nuestros edificios y objetos, la deuda de la historiografía española con él será siempre impagable. Sin embargo, su papel de teórico en el devenir de los estilos en los que se encuadraba lo hispano sinceramente era muy anticuado, o tal vez sería más adecuado calificarlo de conservador.

Un libro de Isidro Bango, que no un libro de Achim Arbeiter

El libro no trata de un estado de la cuestión, ni siquiera es una síntesis convencional, aunque los planteamientos más genéricos se recojan en los pequeños estudios historiográficos. Las características de la colección y el planteamiento que hago en el libro no permiten acompañar de un aparato crítico determinados conceptos expresados en el mismo. En líneas generales este libro responde a más de treinta artículos de investigación míos

1. Pongo por testigo a la directora de la revista *Pyrenae*.

que sí contienen las notas técnicas necesarias. Como éstos están recogidos en las partes correspondientes, los interesados en profundizar en los temas no tienen más que acudir a ellos.

Pretendo contar una historia que se puede resumir en los siguientes términos: el establecimiento de los visigodos de manera definitiva a partir del siglo vi en *Hispania* provocará la creación de una teoría política que explique la realidad social. Esta *Hispania* de los visigodos se gestará a partir de la cultura hispanorromana y se convertirá en una de las primeras naciones de Europa. Desde el punto de vista cultural se podría considerar una verdadera edad de oro que no sólo trascenderá hacia Europa, sino que será el referente de lo hispano durante siglos. Esta cultura, más o menos de manera inercial, será la base sobre la que surja la primera fase de la cultura musulmana en España y que se mantenga en los núcleos de resistencia cristiana. Durante los siglos ix y x, por intereses ideológicos, por condicionamiento de los recursos técnicos y por inspiración en el paisaje monumental subsistente seguirá estando presente. El cambio cultural sólo se producirá de una manera radical con la aparición del románico, que en el lenguaje de la época, y referido a ciertos aspectos culturales, se denominará «usos franceses». Esta manifestación final tiene una fase en la que se dan ciertos híbridos curiosos: tipos tradicionales interpretados con un léxico «moderno», es decir románico, y viceversa, lo románico enmascarado bajo formas de la tradición hispánica. Sinceramente, teniendo en cuenta el planteamiento ideológico que constituye el argumento del libro, no sé cuál es el problema que tiene Arbeiter para criticar que la obra se inicie en el siglo vi. Una vez más, me da la impresión de que sus conocimientos arqueológicos, tan limitados,² le obligan a una visión rígidamente formalista basada en un único aspecto del fenómeno cultural.

Junto a todo esto está la visión que ofrecen los especialistas: una nomenclatura que no responde a unos criterios similares y, sin embargo, se utiliza como si lo fueran. Así, aparecen términos estilísticos mezclados con sociológicos creando un *totum revolutum* que confunde más que aclara. Pretendo explicar este complejo proceso y estoy seguro de que hay partes que no he desarrollado plenamente o no he elegido los ejemplos más convenientes. La culpa la tengo yo por mis limitaciones, pero también es verdad que hay aspectos cuyo conocimiento todavía carece de la bibliografía suficiente para abordarlos con más precisión. Es cierto que alguno de mis planteamientos a lo mejor no está absolutamente argumentado, pero seguramente nuestro conocimiento del tema y el del contexto no nos permite ir más lejos. Todo el que trabaja en este período sabe de estas limitaciones; sin embargo, no entiendo que Arbeiter me haga estas observaciones y luego me proponga argumentos todavía menos sólidos. ¿Las reglas no deben ser iguales para todos?

Cuando veo mi libro y lo que Arbeiter interpreta que escribo, y argumenta su visión, no entiendo nada. Él tiene en la cabeza un libro de síntesis arqueológica y yo compongo

2. Con esta expresión no pretendo desacreditar a Arbeiter, que seguramente sabrá mucha arqueología, pero sí afirmo que sólo se centra en un aspecto, el origen del templo cristiano en España. Con su argumentación, pudiéramos justificar el origen del tema en la noche de los tiempos.

mi visión de una época con una línea de argumentación propia. Sintiéndolo mucho, sin duda se trata de la interpretación de Isidro Bango.

A partir de aquí me centraré en aspectos de su crítica que no son ciertos o simplemente son visiones interesadas en desacreditar la obra. No aludiré a todas las cosas que esgrime Arbeiter, aunque no estoy de acuerdo con casi ninguna, pues dejaré al lector la lectura de la obra para que tenga su propio juicio. He intentado no implicar a terceros en mi contestación por el gran respeto que me merecen los colegas. Desde luego no es mi intención utilizarlos de manera torticera como hacen otros.

Ilustraciones y terminologías. ¿Ligerezas del autor o ignorancia del crítico?

Entre mis ligerezas le preocupan mucho las cuestiones de léxico. Según él no admite discusión el que yo, pobre ignorante, hable de la «pilastra del Salvador», mientras que la gente perfecta y sabia como él usan el término «pilar». Es evidente que él se ha hecho sabio en un curso acelerado durante los últimos tiempos, pues tengo ante mis ojos un trabajo suyo donde no duda en denominarla pilastra.³ Osaré darle un consejo y una enseñanza; soy consciente de mis limitaciones de hombre ocupado y no tan especialista como él. Aunque no sea más que por respeto a quien Arbeiter considera la máxima autoridad en la materia, debiéramos conservar el nombre que le asignó: «La pilastra de San Salvador de Toledo» por H. Schlunk, Director del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (Schlunk, 1971).⁴ Antes y después de él investigadores de reconocido prestigio como Palol siguieron utilizando el término, incluso una autoridad en la lengua como Jacques Fontaine no modificó el nombre en lengua francesa. Es verdad que, en los últimos tiempos, algunos han decidido cambiar el nombre, por considerarlo impropio, siguiendo determinadas modas academicistas. Pilar se puede aceptar como una acepción muy determinada y de uso más que problemático por su complejidad, mientras que de manera general el nombre más apropiado es el de pilastra. Sé que Arbeiter denominará ignorante a la Real Academia Española, que así lo recoge en su diccionario, tomándolo a su vez del *Diccionario de Autoridades*. Para esa definición, éste último hace suyos algunos de los conceptos recogidos por la tradición tratadística de la época. En otra ocasión le hablaré a Arbeiter de cómo trata el término Isidoro de Sevilla: las *pilae* de sección cuadrada y con cuatro esquinas.

3. En Arbeiter, 1994, nuestra pilastra aparece en la figura IV.61 con el nombre de *pilastra*. Recuerdo que según Arbeiter debería ser *pilone*, pues *pilastra* es en castellano pilastra. Pudiera pensarse que es un error del editor; el problema es que en el texto figura igual.

4. Realmente antes que Schlunk trataron sobre la pilastra Iñiguez y Palol.

Muy interesantes me parecen sus observaciones sobre «galería porticada», pórtico, vestíbulo, «nártex» y otras expresiones similares. Meritorio, aunque me temo que gratuito, su intento de utilizar un léxico arqueológico que defina, según el método Arbeiter, los espacios cubiertos ante las puertas de los templos. Hace más de veinte años que me preocupó el tema, no con el afán de crear una terminología que llevase mi nombre o mis caprichos personales, sino intentando saber cuál era la nomenclatura y su significado entre las gentes de la época. Después de un trabajo arduo, la lectura de miles de documentos y fuentes narrativas, saqué algunas conclusiones de las que le presento aquí una muestra para que sea consciente de la nadería de su esfuerzo, y de lo que debe ser algo riguroso y científico.

Galilea. En relación con el tema que aquí nos ocupa, este término viene a fijar una de las estaciones del ritual de los monjes benedictinos (*In Galilea...*). Teniendo en cuenta esta liturgia estacional y sus manifestaciones en Farfa/Cluny los arqueólogos crearon el término galilea para definir una estructura tipo *Westwerk* muy característica. Lo malo es que las gentes del pasado, como es lógico, no tuvieron en cuenta el tipo arquitectónico que los arqueólogos iban a crear a partir del siglo XIX y utilizaron el término galilea para denominar estructuras muy diversas: torres-pórtico a los pies del templo; simplemente pórticos cuadrados cobijando cualquier puerta del templo; galerías porticadas a lo largo de una, dos o tres de las fachadas de los templos; pórticos alargados, pero no abiertos nada más que mínimamente; etc. Y de todo esto, lo más grave es que existen investigadores que cada vez que se encuentran en los textos la palabra «galilea» no dudan en señalar la existencia de una estructura del tipo arqueológico al que hemos aludido. Del mismo modo que acabo de referir para galilea, pudiéramos hablar de atrio, paraíso, capítulo o cabildo, etc.

Sobre los dibujos, por los que siente una especial obsesión, pues le lleva a enumerarlos todos, no ha entendido que se trata de simples formas esquemáticas que pretenden definir tipos que expliquen gráficamente las ideas. Se empeña en que reciban el tratamiento de planimetrías arqueológicas y señala lo que debería figurar en ellas, si hubieran sido reproducidas con ese criterio. Lo perverso es que lo que considera un enorme defecto para lo que no es lo que él piensa, él mismo no se siente obligado a hacerlo para lo que sí era necesario, cuando se trata de cosas suyas. En el ya citado «Aspetti dell'arte in Spagna» de Arbeiter, las figuras IV.47 a IV.53 reproducen seis dibujos (4 plantas y 2 axonometrías) de iglesias hispanas y el dibujo de una miniatura. Estos dibujos sí son planimetrías arqueológicas, donde sí es necesario explicitar el convencionalismo representativo, que obviamente no es el mismo en cada uno. Pero incluso esto pudiera disculparse. Aquello que Arbeiter más critica, aparece reproducido en este trabajo suyo: no sabemos cuál es la proporción de los edificios entre sí, ni siquiera individualmente. No solamente falta la escala, sino que la orientación o no está o cada una se hace con un criterio. Pido perdón por utilizar este ejemplo, pero es la manera de que se vea con qué cinismo vemos lo que no hay en el prójimo y no vemos lo que nos aplasta en lo propio.

Sé perfectamente lo que es una perspectiva axonométrica. En mi tesis doctoral realicé el levantamiento planimétrico a 1/50 de más de doscientos edificios románicos. Muchos de ellos fueron tratados con perspectivas axonométricas, para lo que fue necesario reali-

zar una conversión en ejes a escala. Los originales de estas perspectivas con sus característicos «escalímetros» pueden verse en el Museo de Pontevedra (Bango, 1979).⁵ Las perspectivas de mi libro aquí en cuestión no reproducen este tipo de perspectiva, que como acabo de señalar necesitan una determinada técnica de reproducción indicada con precisión en la representación de ejes y escala, como las plantas son tan solo unos croquis con pretensiones de perspectivas. No sólo no hay ningún defecto en denominarlos perspectivas, sino que pretender denominarlos como dice Arbeiter sería engañoso. Cuando Arbeiter representa una falsa perspectiva axonométrica ¿la denomina así a sabiendas? Yo me puedo equivocar, pero no pretendo engañar a nadie. Sobre el empleo de «intercolumnio», le convendría repasar los tratados clásicos de la arquitectura española y ver el uso que se hace de ellos. No merece más comentario.

El esfuerzo editorial por reunir la ilustración necesaria para una obra de estas características ha sido muy importante; sin embargo, la disposición en los laboratorios comerciales de este tipo de material no es suficiente. Por esta razón hay carencias significativas, pero en la misma proporción que en otras obras de la misma clase en editoriales nacionales y extranjeras. Como en estas mismas editoriales, se suele recurrir a completar la proporción de imágenes que requiere el volumen con las ilustraciones disponibles. Surge así la descomposición que señala el crítico. Ahora bien, no sería justo no reconocer que también hay fotografías que o por calidad o por ausencia no figuraban en otros títulos del mismo carácter editorial.

También querría referirme a Santa María de Matadars y el comentario que hace para que el lector dimensione el problema. Vaya por delante que mi planteamiento es confuso. El texto fue escrito para que apareciese en primer término la descripción monográfica que figura en la página 404, donde se dice textualmente su situación topográfico-administrativa: Santa María de Matadars, Marquet (Bages). Al posponerse para introducir previamente a las monografías el planteamiento de «Topografía eclesial y práctica litúrgica» recogido en las páginas 400 y ss., las referencias que aquí se hacen a Matadars o Marquet pudieran crear algún equívoco por lo menos hasta leer la monografía. Si me he entretenido en explicar este gravísimo error cometido, es por señalar algo que a mí me parece que era mucho más importante. Afanado Arbeiter por seguir profundizando en el desprestigio de la obra, deja de lado algo tan interesante, por lo menos para mí, como es la interpretación con un léxico autóctono, que antes se denominaba mozárabe, de un tipo de iglesia tan extraordinario como el de Cluny II. El análisis de la convivencia de las formas tradicionales y las innovadoras románicas es uno de los aspectos más complejos e interesantes del extraordinario cruce de culturas que entonces se produjo. Pero este tipo de conceptos no interesa a nuestro apreciado crítico.

Para terminar este apartado debo reconocer que hay entre diez y quince erratas señaladas por Arbeiter en las que tiene razón. Fotos invertidas, referencias nada explícitas, etc.

5. Una reproducción de los mismos, muy reducidos, está en mi libro: Bango, 1979.

No quiero ocultarme detrás del editor, el responsable soy yo. Pero el que haya escrito un libro de esta extensión, con corrección de pruebas en varias ocasiones, con imágenes pendientes de recibir y el «tírese definitivo», sabe de los duendes de las imprentas. Creo que este libro debe ser de los que menos errores tienen en este sentido. Sólo me disgusta enormemente el que no figuren los créditos correspondientes de los colegas. Para una próxima edición espero que esto esté corregido totalmente.

Interpretaciones

Hay dos aspectos de las críticas de este apartado que me interesa comentar especialmente, porque son muy significativas para comprender la labor realizada por Arbeiter. En una demuestra su desconocimiento sobre liturgia y en la otra, una vez más, su mala fe.

La censura que hace de la traducción del pasaje del canon 18 del IV Concilio de Toledo, no me la hace a mí, sino a unos ignorantes, según insinúa, como Vives, Marín y Martínez, pues no son otros los traductores.⁶ En las viejas liturgias, *sacerdos* en relación con *levita*/diácono tiene una clara y precisa interpretación que nuestros eminentes liturgistas han traducido con absoluta exactitud. Precisamente este concilio toledano abunda en este protagonismo episcopal en la liturgia, produciéndose numerosas expresiones de este tipo. Arbeiter, como tantos investigadores que citan textos litúrgicos en apoyo de sus tesis funcionalistas, suelen hacer sus referencias sin saber de lo que hablan.

El otro aspecto se refiere a la historia con el texto de Fray Justo Pérez de Urbel, tratado aquí y en el apartado referido «Un texto divulgativo». Realmente las insidias que vierte en este apartado me parecen indignas; posiblemente alcanzan el nivel de miserables. El pobre no sabía de dónde procede la cita. Esto le sirve para dejar caer que estaba en un texto de Caballero, de donde lo debí tomar sin citarle. ¡Miente! Esta parte del texto está tomada de un artículo mío recogido en la bibliografía correspondiente.⁷ Sin ser un sabio, cualquier lector interesado en el tema encontraría en las citas bibliográficas mi trabajo científico con el correspondiente aparato crítico, donde figura con todo detalle hasta la página concreta del libro de Pérez de Urbel. Este artículo mío ha sido utilizado para la elaboración de un trabajo suyo reciente; es imposible, dado el tema, que no hubiera encontrado aquí la referencia que tanto le preocupaba (Arbeiter, 2003).⁸ Para mi estudio consideré

6. El trabajo de investigación que dio origen a esta parte del libro es: Bango, 1996, ver especialmente p. 83. La traducción que aquí se recoge aparece referenciada en la nota n.º 63: Vives, Marín y Martínez, 1963: 198.

7. Como ya he señalado anteriormente, mi libro corresponde a numerosos trabajos de investigación publicados anteriormente y que aparecen perfectamente reseñados en los capítulos respectivos para que el lector pueda encontrar el fundamento con su aparato crítico. En este caso ver: Bango, 1996: 92, nota 18.

8. En este trabajo Arbeiter utiliza mi texto, como suele ser habitual, para atribuirme lo que le conviene y silenciar lo que pueda ser inconveniente para sus aportaciones.

oportuno la cita de Pérez, sin verificar si era exacta o no. En principio no era lógico dudar de él con respecto a este tema, pues, como es bien sabido, en otras materias puede ser problemático. Sin embargo, ya que Arbeiter nos quiere deslumbrar con su eficiencia, buscando hasta el límite la verdadera dimensión de la fuente, le diré que, ya que se tomó el trabajo, que lo haga bien. En estos tiempos que corren, un texto de la *Patrología* que nos pueda ser decisivo en nuestra investigación debe ser verificado por las diversas versiones del mismo, sobre todo si se trata de un fragmento que presenta una composición tan «corrupta».

Los siglos VI y VII

Sobre el contenido de este apartado poco es lo que tengo que decir. No me interesa un ejemplo más o menos en alguno de mis arquetipos. La explicación que los lectores vean en mi libro sobre edificios hispanogodos, mozárabes o de repoblación es muy clara y en líneas generales irrelevante en función de caprichos válidos para hoy e inválidos mañana. Desde luego no es cierto que el concepto que él llama «visigotista» coincida con el mío. Por otro lado no escribo mi libro para recoger el nombre de todos los que dicen algo sobre las obras de que trato. Tengo en mis manos una monografía sobre Baños en la que se dice que la imagen del titular figura como visigótica; según la opinión de Arbeiter, debía recoger la referencia bibliográfica. Ya he dicho y no volveré a repetir que mi libro no es un estado de la cuestión, sino mi interpretación de un período histórico.

Sí me parece muy grave que ignore o relativice la arquitectura pintada. Hábilmente quiere ocultar su postura apoyándose en palabras de Palol. Sinceramente el argüir a estas alturas que un muro de cantería perfectamente labrado no era pintado es desconocer todo sobre la realidad de lo que se llamó «architettura polichromata». Pudo haber alguna excepción, que sinceramente no conozco, pero hasta el mármol mejor trabajado recibía la correspondiente pintura que terminaba compactando con el mismo.

Los siglos VIII y IX

Sobre los siglos VIII y IX existen diversos comentarios anecdóticos que como corresponden a amigos eleva a categoría de verdades absolutas. Sinceramente no merecen ningún comentario. Hay afirmaciones, más o menos acertadas, que dejo a criterio de los lectores para cuando hayan leído la obra. Una vez más su interpretación no tiene nada que ver con lo que mis palabras representan en el contexto general del libro.

Como muestra del sesgo de su visión, y posiblemente de la mía, simplemente abordaré un tema que me parece nuclear en sus argumentos. Me refiero al uso de la clasificación artística de mozárabe, atribuida a ciertas creaciones. Cuando hace más de treinta años abordé el tema de nomenclatura y contenido del término mozárabe siguiendo a otro de mis maestros, el profesor Camón Aznar, desde Cuixà al santuario compostelano y a partir del siglo IX hasta el XI todo era mozárabe y, además, el concepto de mozárabe era unitario. Mi artículo sobre la importancia del paisaje monumental como referente, y la necesidad de argumentar desde lo ideológico, ha abierto nuevas líneas de investigación. Hoy ya es muy difícil que nadie mantenga el sentido monolítico del término. Seguramente yo no he sido la causa, pero está ahí escrito y fechado lo que difícilmente se puede obviar.

Pero dicho esto, hay todavía quienes no entienden la necesidad de corregir lo de mozárabe como referente artístico. Entre ellos está Arbeiter, aunque quiera mostrar su «actualización» en el uso del término empleando «un es pero no es», o añadiendo una limitación gratuita a lo leonés como si no hubiera mozárabes en otros territorios hispanos. Aunque el lector podrá encontrar en mi libro la adecuada respuesta, me permitiré hacer aquí algunas observaciones.

La cultura mozárabe no ha sido unitaria ni en relación con la geografía ni con la cronología. Entre los mozárabes unos adoptaron los usos y costumbres de los musulmanes y otros se mostraron reacios a los mismos. Esta postura se aprecia especialmente en las clases dirigentes, siendo muy notable la actitud de los hombres de Iglesia. La misma falta de unidad se puede atribuir no sólo a los grupos religiosos, sino a determinadas áreas geográficas y la totalidad de sus habitantes. El peso del pasado no será el mismo en Córdoba que en Toledo, por lo menos hasta 900. Por esta razón siempre he defendido la necesidad de estudiar lo mozárabe sólo cuando es propiamente una minoría religiosa en el medio geográfico en el que vive.

Otra cosa muy distinta es llamar mozárabe a las creaciones de los cristianos libres que presentan formas islámicas. Según mi criterio, y lo he explicado en numerosas ocasiones, esto es verdaderamente empobrecedor y, desde el punto de vista social y artístico, sesgado. Para empezar tendríamos que admitir que se trata de una manifestación «étnico-religiosa» que, si Arbeiter quiere recuperar, allá él, pero desde luego yo no pierdo el tiempo en esa discusión. La realidad histórica de esta época habla de una extraordinaria actividad reorganizadora del territorio,⁹ en la que intervienen gentes de todo tipo de origen, pero que en absoluto corresponden únicamente al sector mozárabe. Incluso alguno de estos mozárabes pertenece a los grupos más radicalizados contra el dominio musulmán. La presencia de formas islámicas en una decoración o en un edificio no se justifica sólo por la presencia de mozárabes, que incluso pudieran ser reacios a su representación, sino al empleo de mano de obra musulmana, a la imitación de objetos de igual origen que se vendían en los mercados cristianos y a todo un largo etcétera. Parece que Arbeiter desconoce

9. Por no complicar la discusión no querría entrar aquí sobre el concepto de repoblación.

que entre los mercenarios y aliados de los musulmanes había cristianos del norte que después de un período de servicio con los musulmanes volvían a su tierra con su ajuar y criados sureños. La presencia de lo islámico entre los cristianos por estas otras razones ¿también se denominará mozárabe? Es decir, para ser coherentes con Arbeiter, debiéramos volver a utilizar el término con el sentido monolítico que tenía hace treinta años.

Con referencia a la situación religiosa de los mozárabes en territorio musulmán, todos hemos reconocido, con el maestro Gómez Moreno a la cabeza, que la norma general, como no podía ser de otra manera, conoció excepciones. Acudiendo a las fuentes árabes uno encuentra construcciones religiosas de mozárabes, pero ¿en cuánto tiempo se realizaron? ¿En qué circunstancias? ¿Cuál fue su grado de monumentalidad? Desde luego nos es muy afortunada la referencia de Arbeiter al testimonio de Abu Amir ibn Usaid, pues aunque no sé árabe, la cita, tal como la realiza Simonet, dice todo lo contrario de lo que pretende demostrar nuestro crítico. Toda aquella algarabía no era en el exterior del templo, sino en el interior. Como es bien sabido éste es el marco fijado por la ley. Sobre los comentarios que hace acerca del mozarabismo de la miniatura, entendido como muestra de lo islámico, convendría que repasase sus conocimientos sobre el tema.

Por último no entiendo la alusión específica a los problemas de conservación del patrimonio, especialmente en el mundo asturiano. Desde luego los hechos revolucionarios fueron muy dolorosos y graves para algunos monumentos como el caso de la Cámara Santa, pero, sin embargo, hubo otros que por premeditados fueron peores. El hecho de que una autoridad de reconocido prestigio se valiese de un arquitecto para hacer realidad sus hipótesis sobre los monumentos es terrible. Posiblemente sobre este aspecto Arbeiter tenga un mejor conocimiento, que si así fuera debiera dar a conocer a la opinión pública.

Conclusión

Mi libro seguramente está lleno de errores, de planteamientos aventurados y de conceptos equivocados. Sinceramente no lo creo, pero cualquier lector, crítico o no, está en su derecho a juzgarlo así. Ninguno de mis conceptos se ve reflejado en su crítica con objetividad, aunque no es lo conceptual lo que le interesa. Los aspectos menores discutidos por Arbeiter son en un noventa por ciento contraargumentados no por una verdad absoluta, sino por una opinión cuando menos tan discutible como la mía. Una parte importante de sus críticas se basa en un desconocimiento del tema. Sintiendo mucho, pero no sería honesto no decirlo, considero que la crítica de Arbeiter ha sido realizada desde el resentimiento personal y no desde la objetividad científica.

Hay un último aspecto que me gustaría dejar muy claro. Da a entender que ha sufrido una especie de ley del silencio, pues parece que su escrito no ha tenido eco en los medios hispanos. Los especialistas saben que mi contacto con los medios editoriales científicos de

la arqueología es nulo; desde luego yo no he hecho nada al respecto. Espero que si es necesario los responsables de los mismos lo certifiquen. Cuando recibí la carta de Arbeiter con la propuesta de responder en esta misma revista, acepté inmediatamente. Me pregunto si, al igual que yo mismo, los responsables de los medios no vieron en esta crítica un desahogo personal más que un planteamiento científico. Por cierto, querido Arbeiter, ¿tampoco te lo admitió el Arqueológico alemán?

Bibliografía

- ARBEITER, A., 1994, Aspetti dell'arte in Spagna, en V. BIERBRAUER, O. von HESSEN y E.A. ARSLAN (eds.), *I goti*, Catálogo de la Exposición de Milán, Electa, Milán, 328-347.
- ARBEITER, A., Los edificios de culto cristiano: escenarios de la liturgia, en P. MATEOS y L. CABALLERO (eds.), *Repertorio de arquitectura cristiana en Extremadura. Época Tardoantigua y Altomedieval*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XXIX, Mérida, 177-230.
- BANGO TORVISO, I.G., 1979, *Arquitectura románica de Pontevedra*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, La Coruña.
- BANGO TORVISO, I.G., 1996, La vieja liturgia hispana y la interpretación funcional del templo prerrománico, en *VII Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 61-120.
- PALOL, P. de, 1956, Esencia del arte hispánico de época visigoda: romanismo y germanismo, en *I goti in Occidente, problemi, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo*, Espoleto, 65-126, XXXVII lám.
- SCHLUNK, H., 1971, La pilastra de San Salvador de Toledo, *Anales Toledanos*, III, *Estudios sobre la España Visigoda*, Toledo, 235-254.
- VIVES, J., MARÍN, T. y MARTÍNEZ, G., 1963, *Concilios visigóticos e hispano-romanos*, CSIC, Instituto Enrique Flórez, Barcelona-Madrid.